

■ Amelia Bianchi y José A. Ortiz Pinchetti ■

Voces de la democracia. La marea es irreversible: Lorenzo Meyer

(Primera parte)

Lorenzo Meyer, vivaz profesor, periodista crítico temible, usa su dominio de la historia y una sensibilidad casi artística para penetrar nuestro tiempo.

L.J. ¿El movimiento triunfador de los maestros, el despertar electoral, el castigo a los alquimistas de Sonora, son producto de una revolución en la cultura política?

L. Meyer. Hay un cambio irreversible no necesariamente positivo... De una sociedad agraria se pasó a una sociedad urbana. Se están corroyendo las bases centenarias de la visión del mundo mexicano, mezcla de cristianismo europeo con visiones propias de la América prehispánica. Hay una aceleración del tiempo de maduración intelectual con la urbanización. El individuo está más dispuesto a asumir cierta responsabilidad y dejar de ser mero objeto de las estructuras en las que se encuentra, quiere expresar su opinión. Hay una revolución que el tiempo, y en parte los esfuerzos del propio gobierno, han hecho en nuestra mentalidad. Ha subido la marea cultural y es irreversible.

L.J. ¿No siente un repliegue de la oposición?

L.M. Sería complejo desentrañar esa pasividad que se dio después que el grueso de los que participamos en el proceso electoral quedamos convencidos de que no fue un resultado, que ahí no hubo juego limpio. Hubo una especie de resignación histórica; nunca nos han dado buenos resultados las utopías. Quizá haya una especie de pesimismo en el fondo de nuestra cultura cívica.

Empezamos la vida independiente con una enorme explosión de entusiasmo que duró muy poco. Casi un día. Después, habido, a lo largo de este más de siglo y medio, esfuerzos muy difíciles y confrontaciones que terminan en sacrificios enor-

mes y no se avanza gran cosa. Entonces, ¿no habrá cierto desencanto de la política por parte de los mexicanos? Cuando se vio que el proceso electoral terminaba una vez más en fraude, ¿no habría en el fondo de muchos de nosotros la idea de que así iba a terminar?

L.J. En 1910 hubo elecciones, la gente tuvo la impresión de que la habían defraudado; sin embargo, la respuesta fue la rebelión generalizada...

L.M. Es un momento cualitativo distinto. La rebelión del 10 fue muy localizada en un principio, unas cuantas personas, el resto de la población quedó pasmada. El llamado de Madero parecía haber caído en un vacío. Es la voluntad de unos cuantos que va entusiasmando con las posibilidades de la oposición al resto de los mexicanos. Fue la obra de pocos que a contrapelo de la inercia que parecía apoderarse del cuerpo político mexicano, logró con cierta facilidad deshacerse de la dictadura porfirista y logra una respuesta masiva.

Después de la experiencia que tiene esa revolución que no termina en nada semejante a la utopía con que empezó, todo quedan en términos grises. Si bien hay cierto avance en la justicia social y en la modernización e institucionalización, se mantienen la corrupción, la falta de democracia, la desigualdad social y el imperialismo.

Luego están los movimientos del 58 y 68, no se avanza gran cosa y cuestan mucho, parecen inútiles. Se acumula una

memoria histórica que hace que haya poco entusiasmo de lanzarse a un choque abierto y frontal con un gobierno en donde se sabe de antemano que el sacrificio humano será grande y no es clara la ganancia. Estamos frente a cierto escepticismo colectivo.

L.J. ¿Podría darse una alternativa violenta o ferozmente autoritaria como respuesta a la profundización de la crisis?

L.M. Creo que sí. Está en la lógica de nuestra circunstancia. Muy pocos la quieren, pero no sería adecuado desaharla de antemano. Sin ser catastrofista, conviene tener siempre en mente esta posibilidad para no pedir soluciones óptimas, conformarse con una realidad imperfecta antes que llegar al autoritarismo. Oposición y gobierno tendríamos que ser siempre conscientes de esta posibilidad para no llevar las cosas a los extremos. Habría que pecar de cauteloso antes de entrar en esa dinámica. La última vez que entramos fue en 1913-1914; no dio resultado el autoritarismo militar, pero la tentación de usarlo no ha desaparecido.

L.J. ¿Cómo afectarían al surgimiento de un sistema político de partidos, basado en el sufragio efectivo, las demandas y expectativas de la población?

L.M. Las expectativas ante un sistema nuevo son muchas. Se pone en él la esperanza de la solución de los problemas que son irresolubles a corto plazo. La democracia no es la solución más eficaz para algunos problemas. Hemos vivido con el mito de la democracia pero jamás con la

LA JORNADA 30 DE ABRIL DE 1989.

realidad, y los mitos siempre son más bellos, más hermosos que la realidad. Por eso cuando se ponga en marcha se le verán imperfecciones, tendríamos una desilusión, habría un inevitable desencanto porque la democracia no puede resolver los problemas acumulados durante decenios ni, si uno se pone dramático, durante siglos.

L.J. ¿Un gobierno elegido en forma libre tendría más capacidad para organizar una respuesta frente a la crisis?

L.M. Dependería mucho de los liderazgos que en ese momento asuman la responsabilidad política. La legitimidad nueva que da la democracia, si no se maneja con inteligencia y tino, podría empantanarse, gastarse muy rápido. La democracia tendría que ir acompañada por personas con cualidades excepcionales.

L.J. ¿Cuáles serían las características de ese nuevo liderazgo?

L.M. Una de las ventajas de la revolución fue que el liderazgo político se abrió a una especie de competencia democrática, real. Se llegaba a la Presidencia, a las gubernaturas, a los puestos de liderazgo de las organizaciones de masas, por una vía darwiniana. Había apertura a los puestos de liderazgo y los que tenían las cualidades adecuadas competían de una manera, a veces brutal, a veces sin cuartel e incluso se ponía en juego la vida. Hace tiempo que los más altos niveles políticos se cerraron. Ahora hay necesidad de un linaje para tener acceso a esos puestos. Son una especie de hijosdalgo los que acceden, se seleccionan los líderes de grupos muy reducidos que no son la quintaesencia de la excelencia. En un nuevo pacto político habría que darle oportunidad a la excelencia, abrir el proceso de selección, darnos a todos la oportunidad de elegir y decidir entre líderes con cualidades, que compitan civilizadamente frente a todos nosotros, y que sobreviva el mejor.

La Jornada

■ Amelia Bianchi y José Agustín Ortiz Pinchetti ■

2 de Mayo, 1989

Voces de la democracia. La marea es irreversible: Lorenzo Meyer

(Segunda parte)

La Jornada: Usted ha ubicado al PRI en una posición de centro; sin embargo, éste ha castigado con brutalidad a su propio pueblo. ¿Es ésta una actitud identificable con la de un partido de centro?

Lorenzo Meyer: Es de centro por definición programática, dentro de su discurso hay elementos de todos los grupos políticos, de todas las corrientes ideológicas, pero en la práctica es de derecha y no de centro.

L.J.: ¿Viene un nuevo PRI?

L.M.: El PRI es un partido que tuvo enorme éxito; es una de las pocas y genuinas invenciones mexicanas. Su propio éxito lo engolosinó y le impidió cambiar a tiempo. En su historia hubo momentos de cambios fantásticos, de ponerse al día, pero últimamente es más rígido. Si cambia será por las fuerzas externas porque la sociedad mexicana cambia, por la creación de nuevos actores políticos que en términos relativos le quiten el poder. Mi visión es que el resto de la sociedad mexicana, tenemos que hacer que el PRI sea diferente. En la larga marcha pacífica hacia el cambio está destinado a dejar de ser el monopolizador del poder.

Los resultados oficiales de las elecciones son la aceptación desde el PRI-gobierno que su base está disminuyendo paulatinamente. Desde el triunfo de Obregón —que era el principio o germen del PRI— con el 100 por ciento de la votación hasta el 50 por ciento de ahora es una disminución histórica que el mismo PRI ha aceptado. Pero el PRI no va a dejar de ser fiel a sí mismo, no va a cambiar de *motu proprio* pero las partes cambiantes de la sociedad irán reduciendo su poder.

L.J.: El cardenismo inicia su organización pero hoy se le ve muy frágil.

L.M.: El cardenismo tiene que empezar a discriminar y pedir un compromiso claro con un proyecto político a largo plazo. Tendrán que salir los oportunistas y empezar a nutrir sus filas con aquéllos que vean a largo plazo, no hay como una larga marcha en la oposición para ir viendo quién tiene la fibra política y moral necesaria para mantenerse como líder.

Seguirá convocando a su clientela natural, que son las clases populares, aunque ha despertado una buena dosis de simpatía en las clases medias. Es el heredero de las tradiciones populistas del pasado. El problema está en que ese populismo sería muy difícil que funcione en el futuro. El gran desafío del cardenismo es reconvertir el populismo original sin abandonar sus compromisos sociales, en una referente de la democracia política, que creo, es la vía para la redistribución de la riqueza y el poder. El cardenismo tiene todavía que clarificarse ante sí mismo y ante el resto del país.

L.J.: ¿El PAN también necesitaría una reconversión?

L.M.: No necesariamente. Es un partido con una tradición muy coherente consigo mismo. Ya tiene delimitada su clientela. Su identidad ya está establecida a lo largo de 50 años de un proceso político, sin momentos épicos pero tampoco caídas muy estrepitosas. Creo que necesita menos de transformaciones internas.

L.J.: ¿Cómo ve la posible alianza opositora?

L.M.: Tengo una actitud positiva. Si se

dieran, habría una lógica superior a la de quienes consideran que la izquierda no se debe mezclar con la derecha, que se contamina, que está mal este tipo de maridaje, porque en realidad obedecen al punto medular del proceso político mexicano, a la posibilidad de acabar con un monopolio en el ejercicio del poder que ya lleva mucho tiempo. Acabando con ese monopolio se le abren a cada una de las visiones del mundo de izquierda, centro y derecha nuevas posibilidades. La alianza plurideológica, pluripartidista sería como una llave para abrir esa puerta que muchos estamos queriendo abrir. Si la alianza pluripartidista pudiera tener éxito y lograr un triunfo quedaría el futuro para ir dilucidando diferencias pero en el corto plazo la tarea es lograr una fuerza política suficiente para enfrentar con éxito al monopolio político.

L.J.: ¿Cuáles serían las dificultades para esta alianza?

L.M.: En parte, la falta de costumbre. Ha habido una ausencia de diálogo, de quehacer práctico entre ellos que lleva a que las personas que ahora pueden hacer esa alianza hayan nacido a la vida política con la idea de las diferencias entre izquierda y derecha. En la vida práctica, y en otros países, se dan muchos momentos de alianza entre contrarios para conseguir un fin inmediato que a ambos beneficia. Es falta de costumbre.

L.J.: La renegociación de la deuda externa, puede relegitimar al grupo en el poder?

L.M.: Creo que sí. Si se es efectivo en la

solución de la crisis en lo inmediato, quizá la visión sobre el gobierno del grueso de los mexicanos que están descontentos, pudiera cambiar, no sería el caso de todos pero sí de muchos.

L.J.: Pero si el impacto benéfico tarda en llegar, ¿qué podría suceder?

L.M.: Retomo la respuesta anterior, tal vez, si el gobierno envía al exterior varios millones menos, y hay más recursos para hacerle frente a las demandas diferidas, resulta que entonces las frustraciones acumuladas se pueden volver más agudas, paradójicamente. Hay una teoría en relación a cambios políticos que señala que los momentos en que las oposiciones adquieren mayor vigor no son necesariamente cuando la situación económica está peor, sino cuando se sale de una larga recesión y hay una especie de luz al final del túnel. Se tiene menos miedo a expresarse en hechos, menos miedo a perder el empleo, hay cierto excedente que conduce a que las cuentas pendientes se puedan cobrar. Por eso si se negocia la deuda pero el liderato político no lo usa adecuadamente, esa oportunidad pudiera no contar con mayor legitimidad sino con mayores demandas que fueran en aumento y que se mezclaran con agravios anteriores. Una negociación no lleva automáticamente al éxito, tiene que haber habilidad política para convencer al ciudadano común y corriente que se está trabajando en su favor, que las preocupaciones de poder público son las preocupaciones del ciudadano normal. No es fácil que esto ocurra en una tradición como la mexicana y, sobre todo, con una élite política como la que tenemos, tan alejada en su formación del mexicano normal. Creció en un ambiente distinto, enardecido, sería difícil esa empatía con el ciudadano común.